

BIBLIOGRAFIA

CRONICA DE LAS IDEAS

De *Jaime Antúnez Aldunate*

Editorial Andrés Bello. 578 pp.

He aquí una rara antología de 42 entrevistas, mesas redondas o coloquios que su autor, Jaime Antúnez, ha seleccionado entre los innumerables que han aparecido, en el curso de siete años, en las columnas de este mismo suplemento cultural. Tanto mi vecindad periodística como el hecho de aparecer yo entre los entrevistados me vedaban el presente comentario, pero ha prevalecido una fuerza mayor, que explicaré así: habiendo leído ya estas piezas una por una, en su respectivo día, no sólo las he releído con gusto en su actual recopilación, sino que he apreciado un efecto de conjunto imposible de conseguir en la lectura periódica y discontinua, y más aún: las mejores entrevistas ganan dentro de esta inserción orgánica, convirtiéndose en obras maestras del género —del más alto periodismo cultural—, de tal modo que la antología se convierte en un auténtico documento “para comprender un fin de siglo”, como reza el subtítulo de la obra.

Se trata de una verdadera iluminación de nuestro presente histórico, protagonizada por figuras tan indiscutibles en su propio campo como Octavio Paz, Mario Vargas Llosa, René Huyghe, Pierre Chaunu, Paul Johnson, Viktor Frankl, André Frossard, Josef Ratzinger, Georges Cottier, Carlo Cafarra, Cornelio Fabro, Josef Pieper... En fin, habría que citar a casi todos los entrevistados.

La primera virtud intelectual del entrevistador o moderador, Jaime Antúnez, es la discreta humildad que le permite desaparecer tras la pregunta inteligente y hacer hablar al otro, al entrevistado. Es buen romance, diríamos que no se hace el interesante: no actúa de Narciso, no luce sus conocimientos, no se entromete en la respuesta. Más bien se anula a sí mismo en favor de la entrevista.

A continuación, desarrolla otra virtud intelectual no menos encomiable: sabe hacer a cada uno la pregunta justa, sugestiva, estimulante. Las buenas respuestas dependen en gran medida de las buenas preguntas. No me remontaré a Sócrates y al método de su “mayéutica” para mostrarlo: basta recurrir a la experiencia común del entrevistado —sobre todo en materias difíciles—, que debe gastar la mitad de sus energías y del espacio disponible para sacarse de encima la pregunta irrelevante o convencional, para después contestar a medias lo que realmente le interesa. Aquí sucede lo contrario: las preguntas son exactamente las oportunas para cada entrevistado. Si se piensa que para preguntar así es necesario haber leído la mayor parte de la obra publicada de cada personaje, se podrá calcular la dimensión enciclopédica de la cultura general del entrevistador, que debe pasearse con soltura por campos tan variados como la ciencia política, la literatura contemporánea, la filosofía, la historia del arte, etc.

No pretendo resumir la larga lista de los temas centrales de estos diálogos. Quiero, sí, dar una idea de ciertos tópicos recurrentes que, por la frecuencia de su aparición en contextos diversos, hacen como de hilos conductores de este libro. Podemos señalar entre ellos el rol contemporáneo del Estado y los peligros de su gigantismo, la enorme relatividad actual de las gastadas etiquetas de derecha e izquierda política, el romanticismo social y el utopismo de la década del 60 como hechos ya lejanos y obsoletos, el

intento de conciliar los contenidos del neoconservantismo y el neoliberalismo actual, la agonía espiritual del socialismo sobre el planeta, el diagnóstico preciso de la llamada "crisis de la modernidad", los fundamentos morales del orden democrático, la vigencia perenne de la doctrina social de la Iglesia, la crítica del principio de inmanencia en la filosofía moderna, las deformaciones contemporáneas de la categoría moral de "libertad", el rumbo paradójico de las teologías de la liberación, el proceso de secularización en Europa y sobre todo en Francia, la crisis de la creatividad artística y de las humanidades clásicas, y en fin, usando una expresión buscadamente genérica, el "estado de la cuestión" en Europa, en Estados Unidos, en América Latina: el pulso de nuestra situación histórica presente.

Un hecho ilustrativo de la finura de estos análisis es la frecuencia con que los entrevistados rechazan, como del todo errónea, ciertas ideas que casi todo el mundo tiene hoy como indudables; en otros términos, la fuerza iconoclasta con que estos personajes, bien aguijoneados por Jaime Antúnez, las emprenden con las convenciones y los lugares comunes más sólidamente establecidos en el hombre de la calle o, mejor dicho, en el hombre de la masa, en el analfabeto ilustrado de nuestros días.

Puesto a señalar preferencias y desilusiones de esta relectura, diré que me han impresionado por su lucidez el italiano Augusto del Noce, el psiquiatra vienés Viktor Frankl y el bien conocido Cardenal Ratzinger. En cambio, no me han parecido a la altura de sí mismos Cornelio Fabro, Gonzalo Fernández de la Mora y Josef Pieper. A medio camino entre unos y otros creo que queda André Frossard, a ratos brillante, pero perjudicado por las 50 páginas que cubren sus tres entrevistas.

Al margen de juicios particulares quiero decir, por último, que en términos de cultura general contemporánea las casi 600 páginas de esta recopilación equivalen, por su actualidad, sutileza y don de síntesis, a una verdadera biblioteca escogida del saber contemporáneo en el campo de las humanidades, y constituyen, por eso mismo, un libro quizás único en su género.

IGNACIO VALENTE

ELOGIO DE LA MADRASTRA

De Mario Vargas Llosa

Ya las primeras novelas de Mario Vargas Llosa —*La ciudad y los perros*, *La casa verde*, *Conversación en la Catedral*— contenían, sin desmedro de su calidad literaria, una dosis significativa de suciedad en materias de sexo. Su última obra, *Elogio de la madrastra*, alcanza al respecto una medida que bien merece el título —molesto pero inevitable— de pornografía. Esta vez no se trata de dosis, sino de la totalidad de la trama, el tratamiento y la atmósfera de la novela.

No me pronuncio sobre su validez literaria: por esta vez enfrento directamente el problema ético que plantea una lectura de tal densidad libidinosa. No tengo el menor